

merecen, han merecido y merecerán distinción y aprecio en mercados extranjeros; para estas costuras existen dechados desde tiempo inmemorial y con tan alto número de diferentes y geniales dibujos, que el nombrarlos correlativamente equivaldría á dar á nuestros lectores lista tan larga como nutrida de clasificaciones, ocasionales unas, caprichosas otras y gráficas las demas; básteme asentar, para justo elogio de las jarochas, que sus manos parecen haber sido creadas para bordar en la famosa tela de Penélope; pues á más de que son fieles y castas, como la mujer del aventurero de Itaca, es tanta la afición de ellas para la costura, que creeriase que deshacen de noche lo que cosen de día.

¿La almohadilla? A ella me he asomado curioso y entre sus cajones he visto, sin ser malévolo «diablo cojuelo,» un mundo de cosas amables y simpáticas, donde el retrato del novio ausente tiene su santuario y la enamorada recluída tiene improvisado pupitre para escribir de escondidas al galán que pasa por la ventana rasgada y refleja su silueta cautelosa en el diminuto espejo de la almohadilla abierta!



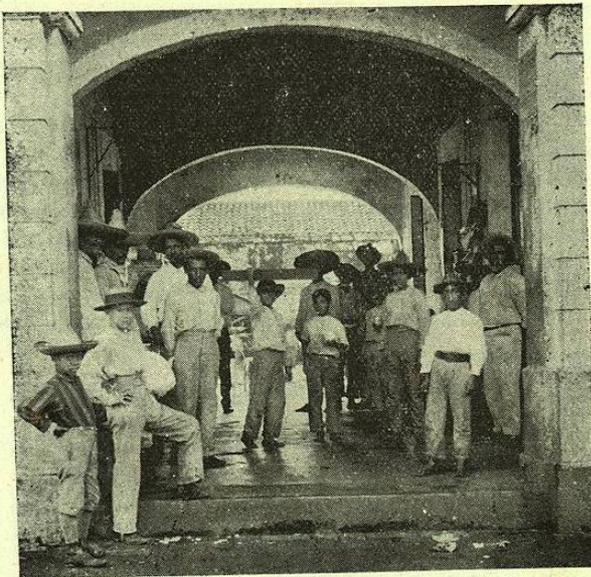
Mercado.



la entrada de nuestro mercado, antiguo por la edad y viejo por el deterioro, se le llama desde tiempo inmemorial «Portón,» siendo que no es puerta ni grande ni pequeña, sino una especie de portachuelo ó túnel, abierto en los bajos del Palacio Municipal, que es el único de nuestros palacios, y que da entrada á la plaza, entrada que podría ser amplia siempre que no la obstruyeran los vendedores que por allí agrupan y amontonan cajones, alacenas, ponites y toda clase de cuéncavos ó canastas con frutas, juguetes, dulces, expendios de tabacos y cigarrros; y los turcos de mañana extienden sus mercancías y venden sus baratijas; y los mercilleros viandantes por temporadas se cobijan debajo de los arcos con un mundo de menudencias brillantes á la luz y caras al bolsillo de los rancheros que se gastan sus ahorros en estos dispendios de cosas engañosas y de joyería falsa; y embobamientos de extrañeza colombina por lecturas con tono salmódico de «ejem-

plos» que narran sucesos terroríficos, y charadas y anécdotas, como paliativo de tales engendros mentales, que desarrollan más en el pueblo las creencias erróneas y la superstición, por el temor de hechos irreales y el horror para el infierno teológico.

Por el «portón» pasa diariamente la vecindad que concu-



re matinalmente á comprar el sustento cotidiano; acostumbra-
bran muchos ir de madrugada, entre dos luces, y algunos
más tarde, todos con el indispensable tenate en la mano, ó la
obesa canasta pendiente de la aza.

Está el vetusto mercado constituido por dos largos y exi-
guos galerones de madera con techos de zinc, que corren pa-
ralelamente en una extensión de diez metros; dentro de los
galerones hay angostas y fijas mesas de madera, negras por
las substancias que diariamente en ellas se exhiben para

venderlas; tales galerones son un estorbo y no un resguardo
contra las inclemencias; pues el sol da de pleno en am-
bos, y cuando llueve se mojan y calan hasta los huesos sus
temporales inquilinos y habituales moradores; de estos gale-
rones á la carnicería se descubre un claro solado de rojo bo-
llo; por allí toman lugar al raso los vendedores de pescado,
tortugas, galápagos y de toda clase de pesca; además, levantan
sus barracas unos cuantos recoveros que de la casucha ha-
cen vivienda, por economía unos y por desconfianza otros.

La carnicería es tan vieja, que, sin temor de alcanzar men-
tís, podemos asegurar que de su primitiva construcción casi
le quedan los cimientos y los pilares que sustentan el techo;
pues en reparaciones se ha gastado la hacienda del proco-
mún más pesos que los que vale el tan ruinoso inmueble;
probablemente los patriotas ediles han querido conservarlo
como edificio histórico de la religiosa manera con que los
rusos conservan el buque construido por Pedro I, y del cual
buque no queda ni una astilla de la madera con que lo fabri-
có el Czar, llamado por antonomasia «el Grande.»

En la madrugada es una muchedumbre la que invade el
mercado: viejos octogenarios que van á la plaza por costum-
bre, que gozan con la compra y con el regateo de chalanes
de feria; zagalones que vienen por el camino repasando en
la memoria la cuenta de la plaza; guapas mozas que no tu-
vieron tiempo ni cuidado para el espejo y para el polvo, van
con el palmito sin afeite y con la persona sin arrequives;
muchachas legañosas, con bostezos y pachorra mandadas por
amas de llave, van á la plaza para obtener buena y barata
compra con beneficio de bolsillos que viven de la sisa y
prosperan por el hurto; galanes madrugadores que convier-
ten el destartalado y sucio mercado en paseo matutino para
guiños cautelosos y enamoramientos disimulados; las muje-
res que salen de la misa del alba con el agua de la pileta to-
davía fresca en la frente, se introducen al mercado á alcan-
zar al sirviente que con la canasta abastecida anda dando
vueltas en busca de precios más bajos cuando todos están por
las nubes; en los puestos de *abarrotes*, adosados al mercado,

antes de la salida se compran la manteca, la sal, los frijoles y otros comestibles de venta en estas tiendas; después se compra el pan á los panaderos, que muy de madrugada vienen con surtido cajón á los arcos del «Portón»; los verduleros acuden también muy temprano al mercado y se sitúan debajo de los galerones; en montoncitos contienen las mesas las mercancías á la venta: aquí tomates y yerbas, allá plátanos y calabazas, acá legumbres y camotes, todo vendido en partes mínimas á los pobres y á peso de oro para los ricos.

El vocerío de los compradores; la protesta de los marchantes; el regateo de los granujas para obtener sisa; el sonar de las pesas de plomo en las balanzas; las pisadas de los madrugadores que en vueltas y revueltas visitan á los vendedores en demanda de reducidos precios; el choque de los platos y vasos del café inmediato, todo resulta un murmullo que se pierde á gran distancia; y afuera, en el río, no es menos agitado el ajetreo: bongos trayendo peroles de leche del rancho de la orilla opuesta; verduleros que tienen su pegujalito río arriba, embarcan en pequeñas embarcaciones los restos de la venta que vuelven á la huerta; mujeres que del caserío de las riberas del «San Juan» se apresuran á ocurrir á misa; el fuerte botar de los remos por los nervudos brazos de los pescadores, que con las redes en montón y la ganancia en el bolsillo, regresan sus piraguas al apostadero; un ruido se levanta palpitante de vida y sonriente de fresca de todas las riberas: el formidable ruido del trabajo que despierta con el día y que se recoge y duerme con la noche por las silenciosas aguas del río.

En el café y en las tiendas—denominadas simplemente puestos—los tempraneros se echan un primer buche de aguardiente; otros, más temperantes, toman por segunda vez el desayuno en limpias mesas con cubiertas de mármol blanco; los vendedores de pescado frito invaden los pretilos del corredor del café que mira á la plaza, ó se sientan en la alta calzada que se dilata á las puertas de las tiendas del lado oriente; pululan por galerones y puestos multitud de tipos diferentes en condiciones sociales é idénticos en tratamientos;

todos ellos se quejan de lo caro del mercado; pero compran al cabo para no quedarse en ayunas; la queja va contra algunos *revendones* que compran á diez para vender á veinte; son los tales gente ladina que saben sacar de su malicia pretexto para salir pronto de la ancheta por tener muy holgada la conciencia.

El más viejos verdulero es tío Gorrita, mayor de ochenta años, fuerte de los dientes, recalvastro de la cabeza, patizambo

de las piernas, con la necesaria faca en vainada y metida en el cinto; vivido y vuelto un Matusalén labriego en el oficio; ama su tierra con arraigamiento de roble milenario, refrescado y vivífico por las caricias de las aguas del Papoloapan, que en sus desbordamientos le besa paternalmente las raíces; tío Gorrita llora por difunta á su viejecita esposa como única buena compañera que fué en aquellas verduras de la huerta en la época del trasplante y en la ocasión del corte del sazonado fruto; pudo dejar después de la revolución de Tuxtepec la *tarpala* y el moruno



para obtener favores del Caudillo de la Paz; pero se quedó labriego, consolado con la riqueza que le suministra un pedazo de tierra, pródiga por el aluvión y fecunda por el sol;

las lluvias únicamente lo preocupan, el sol lo alienta; es á manera de planta solariega que no necesita de cuidado; pero que anhela el calor y la luz para nutrirse de savia.

Las puertas de los hogares cerradas á la hora del alba se abren; las calles, antes desiertas, se pueblan de gente que se dirige á sus habituales ocupaciones; la plaza queda con muy pocos concurrentes que fueron tarde al mercado; regresan los muchachos colgada del brazo la canasta por la cual asoman sus madrecitas apetecibles los plátanos pintones, y esconde su escualidez la carne comprada muy tarde, cuando sólo dejan las piltrafas; pero los canates vendrán á enriquecer el almuerzo y aumentar el resultado del problema mental de la sisa que encontró una diferencia en contra de los bolsillos paternos y un beneficio para las golosinas infantiles.



XXXII

Vapores.

CUANDO recuerdo que los barcos de vela eran de antiguo nuestro sólo medio de transporte en viajes que duraban ocho días con riesgo de un naufragio en las aguas del Golfo, por lo peligroso de la barra de Alvarado, y comparo la hoy pronta y diaria comunicación con el vecino puerto de Veracruz y la fija con los pueblos de Sotavento, no puedo menos de creer en los beneficios del progreso.

Nuestro río está surcado continuamente por vapores que conducen cargas en abundancia y pasajeros á montón; y aunque no son los tales buques muy estrictos en sus itinerarios ni muy cumplidos en sus compromisos, esto no obsta para condenarlos inútiles.

Son los vapores tan largos de tamaño como de nombre la Compañía que los sostiene; algunos parecen descomunales tortugas que, por arte de magia de no se que taumaturgo, han convertido el caparazón en casco con un andamiaje arriba,